

# El juicio de Jesús

## (Marcos 14.53-72)

Joe Schubert

Los eventos que ocurrieron hace casi dos mil años en un lejano país parecen extraños y muy remotos a mucha gente en el mundo. No obstante, los eventos que se agrupan en torno a la muerte de Cristo son los más significativos de toda la historia de la humanidad. Toda persona que jamás haya vivido en el mundo ha sido afectada, hasta cierto punto, por estos grandes eventos. Si creemos en las Escrituras, el evento de la cruz es el punto focal de toda la historia. Nos incumbe, por lo tanto, aplicarnos detenidamente al estudio de tales eventos que la Biblia recoge tal como sucedieron en relación con la muerte de nuestro Señor.

### I. LO QUE EL CONCILIO HIZO (14.53-59)

Después de que Jesús fue detenido en el huerto de Getsemaní, los soldados lo trajeron al sumo sacerdote, Caifás. Así comienza Marcos el relato sobre esta comparecencia en el versículo 53:

Trajeron, pues, a Jesús al sumo sacerdote; y se reunieron todos los principales sacerdotes y los ancianos y los escribas. Y Pedro le siguió de lejos hasta dentro del patio del sumo sacerdote; y estaba sentado con los alguaciles, calentándose al fuego (vers.<sup>os</sup> 53-54).

Note cómo Marcos ambienta la escena. El lugar en que se llevaba a cabo la reunión era nada menos que la residencia del sumo sacerdote. Jesús estaba dentro de la casa con los principales sacerdotes y los miembros del concilio, la corte suprema de los judíos. El concilio estaba formado por setenta miembros. Consistía en el sumo sacerdote, Caifás, los principales sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos. Estos miembros se habían reunido en la casa de Caifás, el sumo sacerdote. Jesús fue puesto en medio de ellos, mientras que no lejos, en el patio exterior, desde donde podía observar todo lo que estaba sucediendo, Pedro estaba sentado

con los alguaciles, calentándose al fuego, en aquella fría noche de primavera, en Jerusalén.

El juicio delante del sumo sacerdote consistía en dos fases. Antes que todo, se presentaba el testimonio de los testigos. En los versículos 55 al 59 se lee:

Y los principales sacerdotes y todo el concilio buscaban testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte; pero no lo hallaban. Porque muchos decían falso testimonio contra él, mas sus testimonios no concordaban. Entonces levantándose unos, dieron falso testimonio contra él, diciendo: Nosotros le hemos oído decir: Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano. Pero ni aun así concordaban en el testimonio.

Este juicio era a todas luces una farsa, pues el resultado estaba decidido mucho antes de que diera comienzo. Marcos nos dice sin muchos rodeos que el propósito para el cual se llevaba a cabo el juicio era que los principales sacerdotes buscaban pruebas contra Jesús, para entregarle a la muerte. El juicio era ilegal desde su mismo comienzo. En primer lugar, se estaba llevando a cabo de noche, y la ley judía estipulaba que todos los juicios delante del concilio se llevaran a cabo durante el día. En segundo lugar, se llevaba a cabo en un lugar ilegal. La ley judía estipulaba que el concilio se reuniera en un lugar especial, en una de las salas del mismo templo. Esta reunión no se llevó a cabo en los alrededores del templo; sino que se estaba haciendo en la casa del mismo sumo sacerdote. En tercer lugar, la ley judía le prohibía al concilio pronunciar sentencia el mismo día del juicio; y sin embargo, en este caso, la sentencia se pronunció inmediatamente después del mismo juicio.

A pesar de toda la confabulación, que incluía falso testimonio, el juicio no les estaba saliendo bien a los sacerdotes. Marcos nos dice que aunque se dio falso testimonio contra Jesús, los testigos no

concordaban. Eran evidentes los conflictos cuando un testigo hacía un relato que contradecía el relato de otro. Estos eran los mejores testigos que el dinero podía comprar, y sin embargo, el juicio se estaba desmoronando. Los sacerdotes se estaban poniendo impacientes y ansiosos.

Al final, dice Marcos que algunos hombres que se pusieron de pie concordaron parcialmente. Mateo nos dice que eran dos hombres. En el versículo 58, dice Marcos que ellos dijeron: «Nosotros le hemos oído decir: Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano». Esto fue lo más cerca que todos los testigos llegaron a concordar; esta fue la más grave acusación que pudieron lanzarle a Jesús, porque había algo de cierto en ella. Anteriormente, durante el ministerio de Jesús, la primera vez que purificó el templo, Juan escribió que Él les dijo a los judíos en Juan 2.19: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré». Juan continúa para señalar, dos versículos más adelante, que el templo al cual Jesús se refería no era el templo de piedra y ladrillo que ellos tenían a la vista, sino el templo de su propio cuerpo. La anterior fue una primera referencia a la resurrección. Además, en esa ocasión Jesús no dijo: «Yo derribaré este templo», como los testigos lo acusaron de decir. Lo que Él dijo fue esto: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré». Los testigos no estaban en lo correcto, y sin embargo, había una parte de verdad en lo que decían.

Tennyson escribió una vez: «Una mentira que lo es en su totalidad, puede ser enfrentada y combatida de manera absoluta, pero una mentira que es parcialmente una verdad es asunto más difícil de combatir». Estos testigos habían dicho suficiente verdad para hacerla difícil de combatir.

## II. LO QUE CAIFÁS HIZO (14.60–65)

La causa que se le seguía a Jesús se estaba desmoronando en realidad. Los sacerdotes se sentían frustrados porque a estas alturas del juicio comenzaban a haber evidencias de que no iban a poder construir una fundamentación legal para la muerte de Jesús. Esta audiencia preliminar se había llevado a cabo durante toda la noche, y ningún resultado se estaba obteniendo. Por último, desesperado, Caifás, que ya se estaba sintiendo un tanto incómodo en su silla de juez, abandonó sus funciones judiciales y asumió la función del mismo fiscal. Sometió a Jesús bajo juramento y exigió una respuesta. Dice Marcos: «Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio, preguntó

a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti? Mas él callaba, y nada respondía» (vers.<sup>os</sup> 60–61a).

Cientos de años atrás, Isaías había profetizado acerca de este mismo evento en Isaías 53.7, cuando dijo: «Como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca». Jesús no trató en modo alguno de defenderse de las mentiras de estos testigos. Se mantuvo completamente en silencio, y en ese silencio estaba dando a entender a todos los presentes que la clase de acusaciones que le estaban lanzando eran falsas, sin fundamento, distorsionadas e inmerecedoras de una respuesta.

Al sumo sacerdote le dejó pasmado el silencio de Jesús. Luego él hizo algo más que era completamente ilegal. Obligó a Jesús a testificar contra Sí mismo. En el versículo 61, dice Marcos: «El sumo sacerdote le volvió a preguntar, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?». Esta era precisamente la pregunta que los fariseos habían estado tratando por meses que Jesús contestara. Aunque se le hizo esta pregunta una y otra vez, de una y otra forma, Él siempre rehusó responderla. Hasta ese momento, el haber contestado esa pregunta habría sido prematuro. Ahora sí la respondería, y al responderla sabía que estaba dándole a este tribunal la prueba que necesitaba para condenarlo a muerte. En esta ocasión ninguno estaba acusando a Jesús de hacer lo que no es lícito el día de reposo, como lo habían hecho anteriormente. Este era un debate que habían perdido mucho tiempo atrás. Nadie lanzó la antigua crítica en el sentido de que estaba echando fuera demonios por el poder de Satanás. Ya Él se había encargado de esta acusación anteriormente. A estas alturas del juicio, ya habían abandonado incluso la acusación en el sentido de que destruiría y volvería a construir el templo. Sólo había una acusación que podían usar, y Jesús no se demoró en concedérsela a ellos. Cuando Caifás le preguntó directamente a Jesús: «¿Eres tú el Cristo?», Jesús sencillamente respondió: «Yo soy».

Jesús añadió algunas palabras más que parecieron personalmente dirigidas al sumo sacerdote. Dice Marcos: «Y Jesús le dijo: Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo» (vers.<sup>o</sup> 62). Jesús se estaba refiriendo al Juicio Final, cuando todos los hombres comparecerán delante del trono de Dios para recibir condena por la manera como vivieron sus vidas. Jesús estaba llevando los pensamientos de todos los presentes, de aquel prejuiciado y corrupto tribunal que estaban

experimentando, al gran tribunal de Dios que está en los cielos. En esencia, lo que Jesús le estaba diciendo a Caifás era esto: «Ahora tú eres el juez y Yo el acusado. Algún día no muy lejano tú serás el acusado y Yo el juez».

Continúa diciendo el relato en los versículos 63 al 65:

Entonces el sumo sacerdote, rasgando su vestidura, dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Y todos ellos le condenaron, declarándole ser digno de muerte. Y algunos comenzaron a escupirle, y a cubrirle el rostro y a darle de puñetazos, y a decirle: Profetiza. Y los alguaciles le daban de bofetadas.

El sumo sacerdote, haciendo un gesto hipócrita, rasgó sus vestiduras cuando oyó a Jesús afirmar que Él era el Mesías. Rasgó sus vestiduras como una señal de supuesto agravio por lo que acababa de oír de boca de Jesús. Pero todo esto era completamente hipócrita porque esta afirmación era exactamente la que Caifás deseaba oír. Él sabía que cuando Jesús dijera esas palabras, su condenación estaba sellada. El sacerdote, por medio de este acto hipócrita, dio indicios de falso agravio y exigió una condena. El concilio de inmediato aprobó una sentencia y condenó a Jesús a morir.

Entonces algo extraño sucedió. Marcos nos dice que al aprobar la sentencia de muerte, todas las fuerzas que refrenaban a los sacerdotes, a los ancianos y a los maestros de la ley, parecieron desvanecerse. Cometieron otro acto totalmente ilegal. Comenzaron a desahogar su odio sobre Jesús, descargando sobre Él su maligno maltrato. Le escupieron, el más agravante de los insultos. Le azotaron. Le cubrieron el rostro, le dieron de puñetazos, y le decían: «Profetiza, Jesús, dinos quién te golpeó». Así, se burlaron de Él, lo ridiculizaron y lo insultaron. Tal clase de burla no era apropiada ni siquiera en un tribunal pagano; tal trato tan malicioso habría sido una vergonzosa mancha en la reputación de una cultura pagana. Cuán completamente vergonzosa lo era para la reputación de Israel.

Setecientos cincuenta años antes de este evento, Isaías dijo las palabras en las cuales Jesús estaba pensando aquella noche. En Isaías 56 dijo el profeta: «Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos».

### III. LO QUE HIZO PEDRO (14.66–72)

En su conclusión del capítulo 14, Marcos nos

dirige la atención a Pedro cuando éste estaba sentado afuera en el patio. Así comienza en el versículo 66:

Estando Pedro abajo, en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote; y cuando vio a Pedro que se calentaba, mirándole, dijo: Tú también estabas con Jesús el nazareno. Mas él negó, diciendo: No le conozco, ni sé lo que dices. Y salió a la entrada; y cantó el gallo. Y la criada, viéndole otra vez, comenzó a decir a los que estaban allí: Este es de ellos. Pero él negó otra vez. Y poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos; porque eres galileo, y tu manera de hablar es semejante a la de ellos. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis. Y el gallo cantó la segunda vez. Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloraba (vers.<sup>os</sup> 66–72).

A veces presentamos este relato acerca de Pedro de una manera que lo desacredita enormemente. A menudo olvidamos el relato de las actividades que llevó a cabo aquella noche. La noche del arresto en el huerto de Getsemaní y del juicio delante del sumo sacerdote, llevó a cabo actividades de temeraria valentía. Recuerde el arresto en el huerto de Getsemaní. Cuando la turba vino a arrestar a Jesús, Pedro fue el único que sacó la espada y actuó como si fuera a enfrentar a toda la turba debido a la lealtad a su Maestro. Esa noche logró herir al siervo del sumo sacerdote. El sentido común debió de haberle dicho a Pedro: «Lo mejor es que te ocultes después de esto, porque es por ti por quien van a venir». El último lugar al cual uno esperaría que Pedro fuera después de herir al siervo del sumo sacerdote, es la residencia del sumo sacerdote en sí. Pero ese es exactamente el lugar al cual Pedro se dirigió. Siguió a Jesús y esperó afuera en el patio para tratar de observar lo que estaba ocurriendo adentro, mostrando nuevamente una valentía característica. Deseaba ser leal a Jesús. Bien podría ser que todos los demás apóstoles se hubieran ido a estas horas. Por lo menos Pedro es el único cuyo nombre todavía se menciona en los relatos del evangelio.

Su problema aquella noche comenzó con una joven que era criada del sumo sacerdote. Tal vez ella fue la que le abrió la puerta, lo reconoció y luego dijo: «Tú eres uno de los seguidores del nazareno, ¿verdad que sí?». Pedro, tratando de evitar que lo relacionaran, dijo: «No sé de qué estás hablando». Trató de librarse de la presencia de ella.

Podemos comprenderlo. En realidad no era asunto de ella que Pedro fuera o no discípulo de Jesús. Claramente, el propósito de Pedro era observar el proceso sin que lo reconocieran, pero tropezó con esta indiscreta criada que le soplabá a todo el mundo que allí estaba ese hombre que era uno de los seguidores de Jesús. Todo lo que deseaba era que se callara, y sin embargo, eso era exactamente lo que ella no estaba dispuesta a hacer. Así, dejó el lugar donde se calentaba al fuego y se dirigió a la entrada, creyendo, aparentemente, que allí sería menos visible que dentro del patio junto al fuego. Pero aun allí la molesta muchacha se le acercó y siguió machacando sobre el mismo asunto, causándole gran incomodidad y pena. La criada entonces se dirigió a los presentes y dijo: «Este es de ellos». Estoy seguro de que Pedro la hubiera estrangulado si le hubiera podido poner las manos encima. Cuando Pedro negó diciendo: «No soy de ellos», algo más sucedió. Ellos percibieron su acento. Observaron que habló como galileo. Los galileos tenían un acento en particular que los delataba por completo. La presencia de Pedro era tan manifiesta en aquel grupo como lo sería la de un tejano en el centro de la ciudad de Nueva York. Cuando Pedro abrió su boca y expresó la negación, ellos percibieron su dialecto. Los presentes dijeron: «Ella tiene razón. Debes de ser uno de ellos, porque podemos percibirlo en la manera como hablas». Pedro lo negó rotundamente. Dice Marcos que la tercera vez que sucedió esto él maldijo y juró.

Dice Marcos en el último versículo del capítulo: «Y el gallo cantó la segunda vez. Entonces se acordó Pedro de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloraba». La palabra griega que se traduce por *romper a llorar* es muy fuerte. Describe a un Pedro que se dirige afuera y se arroja a tierra lleno de angustia y de lágrimas de remordimiento al recordar en su corazón y reconocer en su alma lo que le había hecho a Jesús. La nota más esperanzadora para mí la constituyen las lágrimas de Pedro. Los principales sacerdotes no derramaron una sola lágrima. No hubo indicios de que Judas alguna vez llorara, aunque el relato sí da cuenta de que fue abrumado por la desesperación y el remordimiento al recordar lo que había hecho. En cambio Pedro, cuando él negó al Señor, se postró en tierra y lloró.

Hay una lección que sobresale en este evento sobre el fracaso. Esa lección es que el fracaso no tiene por qué ser el fin de todo. Esto es algo que sin duda alguna se cumplió en el caso de Pedro. Las lágrimas de Pedro anuncian un día más que aún

estaba por venir, en el cual el Señor lo fortalecería y lo restauraría, después de que hubiera aprendido la amarga y ejemplar lección que había recibido aquella noche. ¿Recuerda la mañana de la resurrección, la mañana cuando Jesús se encontró con las mujeres a la entrada del sepulcro? ¿Recuerda lo que les dijo a las mujeres cuando éstas se dieron cuenta de que Él se había levantado del sepulcro? Les dijo: «Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo» (Marcos 16.7). Todavía había esperanza para Pedro.

Después de negar a Jesús, a Pedro no se le volvió a ver más. No sabemos nada de lo que le sucedió, sino hasta aquella mañana en que las mujeres vinieron con la buena nueva de la resurrección. La única diferencia entre la negación de Pedro y el odio de los sacerdotes la constituyeron las lágrimas que derramó Pedro. Esas lágrimas significaban que había una vida que podía ser restaurada, un fracaso que podía ser olvidado y perdonado. El hombre bueno no es el que nunca peca, sino el que rápidamente se arrepiente de su pecado y procura comenzar de nuevo.

Un poeta anónimo escribió un breve poema que leí por primera vez hace varios años. Es muy sencillo, pero la idea que transmite es buena. Se titula: «La tierra del nuevo comienzo».

Desearía que hubiera un maravilloso lugar,  
Cuyo nombre fuera: «La tierra del nuevo  
comienzo»,  
Donde todos nuestros errores y todas nuestras  
tristezas  
Y toda nuestra pobre pena egoísta  
Uno pudiera quitárselos como un viejo abrigo  
raído a la entrada.  
Y no volver a ponérselos otra vez. Desearía que  
pudiéramos encontrarnos con tal tierra por  
sorpresa,  
Como el cazador que encuentra un rastro  
perdido.  
Y desearía que aquel a quien nuestra ceguera le  
hubiese hecho la más grave de todas las  
injusticias  
Pudiera estar a la entrada como un viejo amigo  
que espera por el camarada por quien más  
gozo siente al saludar.

Así fue como sucedió entre Pedro y Jesús. Jesús le dio a Pedro la oportunidad de volver a comenzar, y Pedro no le falló. Estuvo presente el día de Pentecostés, ese gran día del nacimiento de la iglesia cuando el evangelio fue predicado por primera vez en su plenitud. Predicó el mensaje que convenció a los presentes ese día de hacerse súbditos del reino de Dios por medio de ser bautizados en Jesucristo. El nombre de Pedro aparece con la

misma regularidad de los signos de puntuación en prácticamente todas las páginas del libro de Hechos, a medida que éste nos narra la explosiva expansión de la iglesia primitiva durante los primeros años de su existencia. Pedro fue también el autor de dos de los libros del Nuevo Testamento. Pedro aprendió una gran lección de su fracaso de aquella noche, y la lección que aprendió lo perfeccionó hasta llegar a ser uno de los más grandes siervos de Dios por el resto de su vida.

## CONCLUSIÓN

Lo que se puede decir de Pedro también se puede decir de usted y de mí. Hemos cometido muchos errores y equivocaciones. Hemos decepcionado y ofendido a nuestro Señor más veces y en más ocasiones de las que podemos recordar; pero si reconocemos estos pecados, llamándolos por su nombre, nos arrepentimos de ellos y procuramos con el Señor un nuevo comienzo, podemos ser perdonados.

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS